

paga de las fiestas. Petición que se vio recompensada con una brillante moneda de cinco pesetas.

– ¡Jo, un duro! ¡Con eso en mis tiempos era uno rico!- alaba el logro de su petición un hombre sentado junto a su padre.

– ¡Ya le has sacado las perras a tu padre, granuja! ¿Y qué es lo que te vas a comprar? preguntó el tío Juan Garaño, siempre con aquella dulce y bondadosa sonrisa que le caracterizaba

– Pues algún cuento - así se llamaban entonces a los cómics o tebeos – y puede que algún chicle o caramelos sacis – recuerda que añadió con timidez.

El hombre sentado junto a su padre pareció aprobar la decisión con un movimiento afirmativo de cabeza mientras parecía poner en su cara un gesto de satisfacción, como si elogiara sus deseos:

– ¡Velay, qué salao! Mu bien, alhaja, que leer siempre es bueno, sea lo que sea, y aprender to lo que se pueda.

Para añadir al instante, se diría que con cierto tono de arrepentimiento o reproche hacia sí mismo.

– No como la mayoría de nosotros, que, con mucha suerte, sabemos firmar y mal.

– ¡Y eso, el que sabe! – apuntó alguien a su lado.

Tras las reconfortantes palabras de alabanza, salió del local en dirección a la plaza siguiendo la calle de Don Lino Ramos. Con aquel duro él se sentía el rey del universo. La plaza ya estaba formada con los típicos palos y bastantes vendedores y charlatanes de feria andando por entonces mostrando sus novedosas mercancías.

Mientras se dirigía a la plaza, al puesto de la tía Justa, en el que compraría el tebeo, y puede que algo más, iba manejando mentalmente las distintas opciones de compra que le ofrecía el duro obtenido.

De las tres vendedoras de golosinas que solían plantar su puesto en la plaza – en su memoria también se hacen presentes entonces la tía María y la tía Lucía – sólo la tía Justa, amén también de las mencionadas chuches, como se diría hoy día, vendía tebeos. En su tenderete, expuestos sobre una cuerda y prendidos por pinzas, col-

gaban los nuevos números de las distintas colecciones, entre las que se podían encontrar las aventuras del Capitán Trueno, el Jabato, el Guerrero del Antifaz, Roberto Alcázar y Pedrín o los de Hazañas Bélicas, así como los de historietas infantiles (popularmente llamados “cuentos de risa”), como TBO, Pulgarcito, Pumby o Jaimito.

Bajó por el tramo más estrecho de la calle del Caño Grande, giró por la calle de Bodegones y al entrar en la plaza, he aquí que se encontró con algo inesperado.

En la terraza emporlada del bar Toledo, cerca de la confitería “La Gloria”, regentada por la tía Petrita, se arremolinaba un grupo de personas de muy distintas edades, entre ellas, muchos niños acompañados de sus padres. Y en el centro de ese corro, un charlatán de feria de baja estatura, sombrero de fieltro y chaleco brillante daba principio a una rifa, en la que el premio a ganar era un juguete mecánico. Se trataba de un osito andador de cuerda, recubierto de tela de felpa negra con un remiendo blanco en el pecho, y cuya maquinaria hacía un ruido que semejaba a los gruñidos del animal, deteniéndose cada cierto número de pasos para mover su cabeza a izquierda y derecha y seguidamente continuar su marcha.

En su exaltado corazoncito, caja donde empezaron a temblar y resonar sensaciones e ilusiones en una rara y armoniosa mezcolanza, debió brotar el germen incontrolado que en ocasiones despierta para hacernos prisioneros del espontáneo e indómito capricho. Y sintió como si en su interior se aposentara una presurosa primavera para deshacer el hielo de la indiferencia. En aquel momento el juguete mecánico se convirtió en objeto de todos sus deseos.

La alegría de aquellos días previos a la fiesta parecía contagiarse en todos de manera especial. En medio de todas las risas y comentarios festivos, se colaba en sus oídos como tentadora musiquilla el repetitivo soniquete que emitía incansablemente el embaucador: “¡Cinco cartas un duro! ¡Un durito, cinco cartas!”.

Su inocente y nerviosa mano hacía bailar en el bolsillo aquel duro como si fuera un auténtico tesoro y sus dudas se precipitaban entonces entre la doble vertiente de cumplir el propósito que le había llevado a la plaza y



prodiSegur
+ Correduría de seguros

Matias Martín Morón
mmartinmoron@prodisegur.com

Delegación de:
La Puebla de Montalbán
C/. Anastasio Oliva, s/nº
45516 - Toledo Móvil: 686 866 391



ADUANA

C/ADUANA 17
LA PUEBLA DE MONTALBÁN
TEL: 925 750 101
aduanapuebla@gmail.com



107.2 fm
RADIO PUEBLA
Contigo en el dial

www.radiopuebla.com